

## LIBROS COLOMBIANOS RAROS Y CURIOSOS

Escribe: IGNACIO RODRIGUEZ GUERRERO

— XXVIII —

NAVIA MIGUEL (1872-1913).—*Por Honor de Colombia.—Refutación del libro INRI.*—Colección de artículos y documentos relativos a la candidatura del señor General Rafael Reyes.—Bogotá, Imprenta Nacional, 1905. XXX-259 págs. 16 x 22½ ctms.

No son abundantes los datos que hemos logrado averiguar con referencia al autor de este libro. Sabemos únicamente, a través del *Diccionario Biográfico y Genealógico del antiguo Departamento del Cauca*, de Gustavo Arboleda, que nació en Cali el 4 de mayo de 1872. Estudió medicina en Bogotá, pero no concluyó la carrera porque su verdadera vocación eran la política y el periodismo, actividad esta última en la que ilustró el seudónimo de Martín Paz, con tanta fortuna que, al decir de Arboleda, muchos en la capital de la república suponían que tras ese seudónimo se ocultaba el nombre ilustre de don Miguel Antonio Caro. Se cuenta que sostuvo una agria polémica con el periodista Pablo Emilio Alvarez, como consecuencia de la cual ocurrió una lance personal entre este y Miguel Navia, con fatales consecuencias para el primero. “El haber sido causante de esa muerte, aunque sin culpa de su parte —dice Arboleda— amargó a Navia el resto de su vida hasta morir trágicamente en Zipaquirá el 6 de diciembre de 1913”.

El libro se compone de tres capítulos introductorios, a manera de amplio prólogo, *Mentís, Algo de historia y Por honor de Colombia*, y de siete capítulos en los cuales el autor refuta, punto por punto, las aseveraciones de Pérez y Soto en *Inri*, al paso que arremete contra el panfletero panameño, reputado por muchos como uno a modo de Catón, por la severidad de su conducta y la valentía con que atacó a sus adversarios políticos, o a quienes él tenía como tales.

Como segunda parte del libro de Navia, se reproducen en él, tomados de *El Colombiano*, unos cuantos artículos suscritos por las plumas de Euclides de Angulo, Alirio Díaz Guerra, Lucas Caballero y el General Pablo Emilio Bustamante.

En fin, en la tercera parte se transcriben artículos publicados por Navia en *La Unidad Nacional*, sobre actos de la administración del General Reyes, como la Asamblea Nacional, la división territorial, el Banco Central, etc.

Un venenoso epígrafe de Labruyére abre el volumen: “Celso sabe todos los cuentos, conoce todos los chismes, propaga todo lo que desgrada aún a su propios amigos; pero pretende que no hace daño a nadie... ¿Quién ha tenido más participación que él en las intrigas cortesanas? ¡Si lo hubieran escuchado! ¡Si le hubieran creído cuando aún era tiempo!...”.

Pérez y Soto hizo preceder el voluminoso *Inri* con esta frase, atribuída a Rafael Núñez: “Desgraciada Colombia el día que cayera en manos de Reyes!”.

Navia la desmiente con el testimonio de H. L. Román, de Euclides de Angulo y de la propia viuda de Núñez, la señora Soledad Román, y, en cambio, pone en boca del Regenerador, esta otra, referente al futuro gobernante del Quinquenio: “A Caro, que aprovecha a Reyes, que es hombre de raza de conquistadores”. (Pág. VI).

El estilo de Navia es sencillo, severo, claro y discreto. Está a mil leguas de la desbordada y envenenada pasión de Pérez y Soto, con la que contrastan sus escritos. Pero en estos, desde luego, no es raro advertir muestras de la indignación que colmaba el pecho del impugnador del escritor panameño y del poco favorable concepto en que lo tenía a éste: “Que otros motejen a Reyes de gárrulo y guacamayesco, dice. Que lo hagan literatos connotados, escritores de seso; mas no la encarnación misma de la garrulería; no el inepto refutador de Juan Montalvo, ni el chabacano emborronador de papel, que no tiene otro mérito que el desconocimiento más completo y gracioso del *noscete ipsum...*”. (Pág. 31).

Defiende con vehemencia al General Reyes de toda traza de culpabilidad en la secesión de Panamá —capítulo en el que Pérez y Soto hizo hincapié— y no vacila en atribuir al senado colombiano de 1903 parte no despreciable de la responsabilidad de esa tragedia, por haber improbadado, como improbo, sin modificaciones ni reservas, el Tratado Herrán-Hay: “¡Jamás se había cometido una falta más grave que la cometida por el senado de Colombia al confundir con la política el problema internacional más importante de que haya noticia!, escribe. Jamás error más craso y sin disculpa que burlarse de las amenazas de Roosevelt y despreciar el poder americano. Jamás mayor torpeza que provocar la ruina del país por humillar al gobierno del señor Marroquín, infligiéndole una derrota en el senado! Colombia no tendrá bastantes maldiciones para esos senadores en quienes pudo más el odio a un gobernante que el amor a la patria!...” (Pág. 60).

Aquí y allá, a lo largo de las páginas de Miguel Navia, encuentra el lector referencias de orden general que son a modo de índice de las modalidades que primaban entonces en la lucha política, tan irresponsable y cruel antaño como hogaño entre nosotros, y tan ostensible que de ella se percataron muchos sociólogos de fuera, como Valenilla Lanz, como Ar-

guedas, entre otros. Dice Navia: "Siempre habíamos pensado que el desprecio con que se mira entre nosotros la sanción de la prensa dependía en primer término de la ligereza con que se prodigan los insultos, cada uno de los cuales debiera ser un denuncia serio y meditado de faltas perfectamente comprobadas. Más ya se sabe que en Colombia todos los hombres públicos de un bando son traidores, ladrones e infames, en toda la extensión de la palabra, para el bando contrario. También creíamos que la moralidad de un hombre era una cosa indivisible y que la dualidad no existía sino en la mente de los locos. Pero la prensa nos enseña que todos nuestros hombres distinguidos son corrompidos por un lado y sanos por el otro; abominables y perfectos, malos y buenos a un tiempo mismo, según la faz por la cual los miremos. Y lo curioso es que no sólo el señor Pérez y Soto, sino algunos rectos criterios tácitamente aceptan esa graciosa dualidad!...". (P. 75).

Figuran también en este libro muy interesantes referencias periódicas y de otro orden, relacionadas con los antecedentes de la pérdida de Panamá, de evidente utilidad para quienes en nuestros días quisieran reconstruir, en sus detalles, lo que fue el lamentable proceso de aquella tragedia nacional, en la que la justicia y el derecho de Colombia padecieron afrenta, por obra de la ambición desahogada en comandita con la fuerza bruta incontrastable. Tales, por ejemplo, las que se refieren a apreciaciones de la prensa universal, en vísperas del 3 de noviembre de 1903, tales también las que se relaciona con las fracasadas expediciones sobre Panamá y las causas de su insuceso.

Pónese de manifiesto en este libro la eficaz cooperación que el liberalismo colombiano prestó al General Reyes, particularmente en lo referente a la acción diplomática que le fue confiada por el gobierno colombiano, en las horas inmediatamente siguientes a la consumación del golpe separatista del istmo. Ya en los años de gobierno de Reyes, no solo los más destacados directores intelectuales del partido liberal le prestarían su concurso, sino el propio jefe de aquél, el General Benjamín Herrera, como es de todos tan sabido.

El gobierno colombiano solo conoció la realidad de la secesión de Panamá dos días después de verificada, el 5 de noviembre, gracias a un mensaje cursado desde Quito, a través de Ipiales, por el entonces Ministro de Colombia en el Ecuador, don Emiliano Isaza, ya que desde fines de octubre, el cable directo entre Bogotá y Panamá había quedado interrumpido.

Pues bien, con extraordinaria celeridad en tan angustiosos momentos, el vicepresidente Marroquín dispuso el envío a Panamá y a Estados Unidos de una misión diplomático-militar, encabezada por el General Reyes e integrada por los Generales Jorge Holguín, Pedro Nel Ospina y Lucas Caballero.

A tal circunstancia alude el mensaje, que se publica en este libro, dirigido a prestantes miembros del liberalismo panameño por unidades valiosísimas del mismo partido en Bogotá, el 7 de noviembre de 1903, en estos términos:

“Señores Pablo Arosemena, Carlos A. Mendoza, etc. Panamá.—Sigue para el istmo el General Reyes. Va inspirado del amor a la patria colombiana y deseosísimo de salvar los intereses de Panamá y Colombia. El partido liberal apoya al gobierno. Rogamos a ustedes ayuden al General Reyes en esta solemne ocasión en que todos somos colombianos, sin distinción de partidos políticos. Copartidarios y amigos...”.

Y suscribían el cable hombres de la prestancia de Diego Mendoza Pérez, Juan Evangelista Manrique, Carlos Arturo Torres, Lucas Caballero, José Camacho Carrizosa, General Paulo Emilio Bustamante, Nicolás Buendía, Ruperto Aya, Enrique Pérez y otros.

Reyes encontró no solo la colaboración política del partido liberal, en sus gestiones oficiales relacionadas con Panamá, sino, posteriormente, en el gobierno que presidió durante el quinquenio. También tuvo amigos leales que salieron en su defensa, cuando Pérez y Soto arreciaba con más vehemencia sus ataques, no solo por la prensa, sino hasta en el campo del honor. Esto se constata en la Carta Abierta que el 20 de abril de 1904 dirigieron al panfletario panameño varios amigos y conmlitones de Reyes, uno de cuyos apartes, como se puede ver en este libro, dice de esta manera: “...Nosotros somos amigos del General Reyes y no podemos mirar impassiblemente que siga usted adelante en la criminal tarea de difamación que con singular espontaneidad ha querido echarse a cuestras. Si es caballero, espere usted a que él llegue, para denostarlo; y entiéndase con él y requiéralo cual corresponde. Pero si por causas para nosotros desconocidas, urge en usted la necesidad de fiscalizarlo; si le conviene eludir la discusión para poder amontonar cargos; si estima necesario tomar cuentas o demandar reparación o cosa parecida, puede escoger a uno de los suscritos y entenderse con él como a bien tenga, que nuestro deseo queda reducido a poner término al escándalo que usted suscita y a responder por el amigo ausente...”. Y suscribían la carta Julio C. Upegui, Aurelio Valencia, Elías Baquero, Francisco de P. Santander, A. Merizalde, Rafael Pulecio, Próspero Piedrahita y Justo Uribe F. (Pág. 149).

No es todo. Escritores de primera fuerza, como el hoy injustamente olvidado Alirio Díaz Guerra, que residía en Nueva York y era adversario político de Reyes, tomaron la pluma en su defensa. En un número de *El Nuevo Tiempo*, de abril de 1905, se publicó a propósito, suscrito por Díaz Guerra, un vehemente artículo, que también en este libro se transcribe. En él, el autor confiesa: “No pertenezco a la causa política a que el General Reyes ha consagrado los años de su vida; fui su adversario franco y tenaz en épocas en que era él vencedor en los campos de batalla y elemento principalísimo de la política conservadora, y en que luchaba el liberalismo por reconquistar los derechos que se le habían arrebatado. Vencida la revolución liberal de 1885, a cuyos campamentos corrí a ofrendar los primeros vigos de mi juventud, tomé voluntariamente el camino del destierro. Playas extranjeras diéronme cariñoso asilo; por espacio de dieciséis años fui el espíritu viviente de la revolución liberal colombiana en el exterior, y no transcurrió un solo día sin que mi pluma de escritor convencido e irreductible, no estuviese al servicio de mis ideales políticos y a la defensa de los intereses del liberalismo nacional. Ni un momento

de vacilación, ni una sombra de inconsecuencia, ni un simple descuido en el cumplimiento de mis deberes de patriota, insospechable, tenaz. Tengo el derecho de ser oído, porque la constancia, el dolor y el sacrificio de media vida, me lo otorgan...". (Págs. 163-164).

Para Pérez y Soto tiene Alirio Díaz Guerra expresiones de franca dureza: *Inri* —escribe— es un conjunto de páginas de insufrible lectura; cuanto vocablo registra el Diccionario de la lengua española para expresar el odio y la diatriba, allí palpita, desnudo, tosco, brutal; es la satiriasis del insulto traspasando las fronteras de la infamia... Es un atentado contra la gramática, contra la ortografía, contra la decencia y contra el sentido común. Jamás el lenguaje se había visto más estropeado, la lógica más escarnejada, la decencia más violada, el sentido común más inicua-mente crucificado. Tal parece que el escritor, perdida toda noción de moralidad social y política, haya querido probar hasta qué grado resiste el papel, sin rasgarse, los ímpetus de la desvergüenza y la osadía...". (P. 161).

No es raro tropezar, aquí y allá, en este escrito, con admoniciones como esas que solían ser tan del gusto de Vargas Vila, y que representan un aspecto típico de la modalidad del panfleto en nuestra literatura de principios del siglo:

"La carreta del aseo público debería recoger la edición de *Inri* y consumirla en el estercolero de donde brotó... (P. 162). Y entra luego Díaz Guerra en la tarea de defender la gestión diplomática de Reyes en Washington, y a destacar la gallarda dignidad con que supo aquel representar a su patria en desgracia.

También consta aquí el público testimonio dado por el General Lucas Caballero, compañero de Reyes en esta misión diplomática ante Washington y adversario suyo en la guerra de los mil días, acerca de las gestiones por aquel desarrolladas, en las circunstancias apremiantes en que se encontró la república a raíz de la secesión de Panamá. Se trata de una carta dirigida por Caballero, desde Washington, el 10 de diciembre de 1903, al doctor Diego Mendoza, en Bogotá. Es una amplia y pormenorizada narración del viacrucis llevado a término por la comisión colombiana, en su viaje a Panamá y a Washington, en una especie de permanente lucha contra lo imposible. Con íntima pesadumbre, bien que con caballescía altivez, plantea Caballero a su corresponsal la trágica realidad de nuestro infortunio:

"¡Qué situación tan seria la de nuestra pobre patria! En guarda de su decoro debiera romper con el Universo y encerrarse como la China antigua en impenetrables murallas, porque el mundo entero la ha ofendido y hostilizado al reconocer, con precipitación de que no había ejemplo, la independencia de una sección que la alcanzó no por obras viriles sino por actos inmorales, y cuya sujeción fuera inmediata e irremisible a dejarnos la independencia y libertad que consagra lo que se ha tenido por ley de las naciones. Pero si esto hace Colombia, cómo vive y qué hace? La sola ruptura con los Estados Unidos nos pártela por la cintura y somete a muerte lenta al Cauca, así como presenta tentaciones de Tántalo para Bolívar y el Magdalena, que podrían prosperar inmensamente con el cam-

po de comercio que les presentan las obras del Canal, comercio que les sería abierto en cuanto movieran los labios en actitud secesionista. Para un individuo no hay dilema entre la vida y la dignidad; ¿pero hasta dónde es eso practicable con un pueblo como el nuestro, cuya impotencia hace el ultraje más alevoso y villano y cuya muerte o disolución sería irremediable al cegar las fuentes de vida que nos quedan? El problema está sobre el tapete; y una palabra, en un minuto, puede decidir de nuestra suerte por siglos...". (Págs. 173-174).

No es escasa la bibliografía que acerca de la secesión de Panamá existe. Pero dentro de ella, ocupará siempre lugar destacado la exposición que con referencia a la misión a Washington escribió el General Caballero, y que en el libro que comentamos ocupa destacado lugar. Vió la luz, por la primera vez, en *El Relator*, y se reprodujo en *El Colombiano*. Pero tan interesante pieza, confiada al albur de las hojas volanderas, habría quedado poco menos que inédita, si el libro de Miguel Navia no la hubiera recogido en sus páginas.

En ellas encontramos también muchos juicios acertados, que la historia ha recogido, con referencia a Reyes. Entre otros, este que, a nuestro parecer, sintetiza una de las primordiales acciones del gobernante del Quinquenio: "La mejor gloria del Presidente Reyes a los ojos de la posteridad será su labor de conciliación y de olvido. Poco importa que el éxito corone o no inmediatamente sus esfuerzos en pro del progreso material, si al dejar a sus sucesores el solio, les deja asegurado el concurso de todos los buenos ciudadanos, robustecido el prestigio de la autoridad, desterrado el sectarismo demoleedor e intransigente, cortado, en fin, el hilo de la tradición de odios, de recriminaciones y venganzas, causa de la impotencia de arriba y de las locuras de abajo...". (Págs. 193-194).

Y, por lo que a *Inri*, de Pérez y Soto corresponde, su impugnador, don Miguel Navia, cree situarlo en sus verdaderas proporciones, cuando al respecto apunta:

"Pervertido el criterio de los Partidos y el corazón de los políticos; sin freno la ambición; la iniquidad triunfante; profundo y desconsolador era el olvido de toda noción de justicia, de todo sentimiento patriótico, de todo móvil generoso; la disolución del país era inminente; la idea de Patria había perecido en el naufragio; la Patria era el partido, era el terruño, era algo miserable o microscópico. El libro del señor Pérez y Soto es fruto de esa decadencia moral; por su forma y su fondo es ese libro el monumento que simbolizará por siempre aquella época execrable; es un alarido de protesta y de rabia lanzado por el Genio del Mal contra el hombre fuerte y atrevido que le ha declarado guerra a muerte. En tal concepto vivirá esa obra, para baldón eterno de una edad y de su vocero e intérprete...". (P. 195).

Ni Gustavo Arboleda, ni Joaquín Ospina, en sus Diccionarios biográficos y bibliográficos del Gran Cauca y de Colombia, al hablar de Miguel Navia hacen referencia alguna al libro que escribió en defensa de Reyes, lo que no puede atribuirse a otra circunstancia que a la rareza que adquirió esa producción, a poco de publicada, en 1905, en las prensas de la Imprenta Nacional de Colombia.